

La visión no es la vista

Mauricio Ortiz

1. De niño una noche desperté sobresaltado. No se veía absolutamente nada, ni un mínimo de resplandor de la luna ni la lucecita a lo lejos que veía por la ventana todas las noches al apagar la luz antes de dormirme. Me tallé los ojos, los abrí grandísimos y nada, simplemente no se veía nada. Pasé mi mano por enfrente de las narices y no había el más tenue perfil que pudiera distinguirse, la agité y ni siquiera una mínima noción de movimiento podían captar los ojos. Todo era negro impenetrable. Un grito se me ahogó en la garganta: me había quedado ciego.

La angustia fue indecible. Quedarse sin ver era tantísimas cosas a la vez... no poder correr y por lo tanto no jugar fútbol, no leer historias del Oeste ni ver *Los paracaidistas* y *El investigador submarino* en la tele o *Un cartero en apuros* en Cine Versailles; no subir a los árboles ni andar en bicicleta, olvidarse de las calles y los paseos por el campo, perder para siempre el rostro de los amigos y de toda la gente. Como a un ahogado, en un segundo pasó la vida entera por mi mente, sólo que hacia adelante, y la imagen fue aterradora.

Era un miedo cerval, un pavor de la infancia de la vida, que tardó millones de años en desarrollar los fotorreceptores y otros millones más en proponer las complejidades que animan la mirada del hombre. Quedarse sin ojos para ver el mundo, uno de los grandes pánicos y por lo mismo uno de los castigos más severos.

Por lo pronto bastó con que el rabillo del ojo detectara un esbozo de sombra en la negrura para respirar de nuevo y que todo quedará en un susto. Pasaría mucho tiempo antes de comprender que un ciego no ve desde luego ni siquiera el negro, como un sordo no oye el silencio.

2. Al ciego los rayos de luz simplemente no le dicen nada, no le proporcionan elemento alguno para elaborar su visión de las cosas. Y si el mundo existe de por sí, ha existido tanto tiempo y suponemos que del mismo modo existirá al menos hasta mañana, el mundo que cada quien vive todos los días lo construye cada quien a partir de fragmentos infinitos, un mundo cambiante y a menudo contradictorio, tentativo, inédito, siempre inacabado.

Las distintas herramientas con que uno cuenta para conocer el mundo, lo primero que imponen es hacerlo pedazos. Antes que nada el lenguaje pica la piedra en palabras y ya luego amalgama el polvillo en la conversación y el texto. Para ver, primero la luz ha de romper la oscuridad en mil formas y volúmenes, en colores y sombras, brillos y destellos, espejismos lejanos y sutiles penumbras.

El ojo que toma esos fragmentos de luz a su vez los pulveriza. El cristalino desvía los rayos que lo atraviesan y enseguida la retina fractura la energía lumínica en moléculas de pigmento, repartidas a su vez en brevísimas señales eléctricas. La retina dista mucho de ser un simple mapa de pixeles: es un manto con seis o siete capas de células conectadas entre sí —en serie, en paralelo, en convergencia, en divergencia— cuyas últimas prolongaciones forman el nervio óptico que entra al cráneo por detrás de la órbita. Las vías nerviosas se bifurcan y se vuelven a bifurcar, mezclando el mundo una y otra vez, utilizándolo. La cosa no termina en la corteza occipital, y los pedazos infinitesimales de mundo que cada pequeña célula alberga viajan a toda velocidad por amplias redes tisulares hacia la cabeza entera, para mezclarse con los fragmentos sin número procedentes de otras distintas formas de desbaratar la realidad: las partículas auditivas y las migajas gustativas, los pedazos olfatorios y táctiles, los átomos del lenguaje que brincan por todos lados y los trocitos de universo que proponen las ideas.

Y esto es de instante a instante, porque los ojos se mueven todo el tiempo en rapidísimas excursiones milimétricas, quebrantando incluso en otro nivel el mundo iluminado. El vuelo de un pájaro exige una nueva sucesión de cortes y ensamblajes y si no está por algún lado la palabra pájaro entonces ni lo vemos. La vista, eso tan directo y objetivo, no es más que un enorme invento. Tampoco

menos, desde luego, y como representación del mundo, acertadísima. Nos permite correr por los caminos sin rompernos la cabeza, podemos pasar un hilo por el ojo de una aguja y flechar un venado a la distancia, dibujar con precisión un rostro o amarlo a primera vista. En cada caso, una estupenda fábula.

Mucho esfuerzo se ha invertido en conocer dónde y cómo termina de ensamblarse el mundo, para volver a ser el mundo de cada quien que todos conocemos. En un teléfono, por ejemplo, la voz hace vibrar una membrana y la vibración se convierte en una clave eléctrica, que al llegar al otro lado de la línea hace a su vez vibrar otra membrana, produciendo el sonido equivalente, y la voz se recupera. Al ojo entra la luz y en el acto se codifica. ¿Donde se vuelve a convertir en luz, si la entraña encefálica es una masa opaca en una caja de hueso herméticamente o cura? Y si no regresa a ser luz, ¿cómo es que la vemos? Al menos, eso es que la estemos inventando. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 17. La ceguera*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1999.